

PLATAFORMAS DIGITALES, LA DIFUSIÓN DEL ODIO Y LA POLÍTICA: UN ANÁLISIS CRÍTICO

<https://doi.org/10.56754/0718-4867.2025.3757>

PhD, Daniele Battista

Universidad de Salerno, Salerno, Italy

dbattista@unisa.it

ORCID iD: <https://orcid.org/0009-0005-8418-8374>

Recibido el 2025-02-08

Revisado el 2025-10-01

Aceptado el 2025-11-18

Publicado el 2025-12-11

Resumen

Introducción: Este estudio examina el vínculo entre el lenguaje y la violencia en el entorno digital, con especial atención a la comunicación política. El uso del lenguaje en línea puede contribuir a la polarización, a la difusión del odio y a la normalización de la violencia verbal a veces preludio de la violencia física. **Objetivo:** La investigación busca comprender cómo se emplea el lenguaje para extremar el debate público y qué estrategias lingüísticas favorecen la legitimación de la agresividad en los contextos digitales. **Metodología:** A través de una revisión crítica de la literatura, hemos tratado de analizar el estado del arte, centrándonos en el papel de las plataformas digitales en la difusión de discursos extremistas y el refuerzo de las tensiones sociales. **Resultados:** El análisis evidencia que las tecnologías digitales amplifican la influencia de los líderes políticos en la configuración del discurso público y en la difusión de retóricas polarizantes. **Discusión:** El uso estratégico del lenguaje en la red no solo influye en la percepción pública, sino que también puede favorecer la radicalización y la normalización del odio. **Conclusiones:** Comprender estos mecanismos es esencial para desarrollar estrategias de mitigación que promuevan un debate público más equilibrado y responsable.

Palabras clave: contexto digital, discurso crítico, discurso de odio, comunicación política, plataforma digital.

Article

DIGITAL PLATFORMS, THE SPREAD OF HATE, AND POLITICS: A CRITICAL ANALYSIS

Abstract

Introduction: This study examines the link between language and violence in the digital environment, with a particular focus on political communication. The use of online language can contribute to polarization, the spread of hate, and the normalization of verbal violence, sometimes a prelude to physical violence. **Objective:** The research aims to understand how language is used to radicalize public debate, and which linguistic strategies contribute to legitimizing aggression in digital contexts. **Methodology:** Through a qualitative content analysis and a critical literature review, we sought to examine the state of the art, focusing on the role of digital platforms in spreading extremist discourse and reinforcing social tensions. **Results:** The analysis highlights that digital technologies amplify the influence of political leaders in shaping public discourse and disseminating polarizing rhetoric. **Discussion:** The strategic use of language online not only affects public perception but can also foster radicalization and the normalization of hate. **Conclusions:** Understanding these mechanisms is essential to developing mitigation strategies that promote a more balanced and responsible public debate.

Keywords: digital context, critical discourse, hate speech, political communication, digital platform.

1. Introducción

En la era digital, la comunicación política ha experimentado un cambio profundo con la adopción de la lógica de las redes sociales, caracterizada por nuevas normas, estrategias y mecanismos que complementan los principios tradicionales de la lógica mediática (Van-Dijk, Poell & De-Waal, 2018). Esta última se define como una forma de comunicación en la que los medios de comunicación de masas juegan un papel central en la definición de las agendas colectivas de un sistema político, transmitiendo información según formatos codificados e influyendo en los eventos y actividades sociales (Altheide, 2015). La hibridación entre los medios tradicionales y los nuevos medios ha conducido a una redefinición de la democracia en relación con la comunicación, con una nueva configuración de la relación entre la política y las plataformas digitales (Gillespie, 2010). En este escenario, ha emergido un ecosistema mediático híbrido, en el que, a pesar de que la innovación digital ha favorecido la desintermediación y ha dado espacio a las demandas de los ciudadanos, los medios de comunicación de masas siguen jugando un papel significativo en la construcción de la agenda política (Parmelee, 2014). En esta perspectiva, se destacan transformaciones como el uso de técnicas de marketing en la persuasión política, la creciente volatilidad del electorado y la redefinición de la relación entre políticos y ciudadanos basada en la compartición y la desintermediación (Eldridge-II, García-Carretero & Broersma, 2019). El impacto de la digitalización en la comunicación política ha planteado cuestiones críticas, como el fortalecimiento de la polarización y el partidismo en las plataformas sociales, así como las contradicciones en la coexistencia entre los medios de noticias y las redes sociales (Perloff, 2021). En este contexto, emergen nuevas estrategias comunicativas basadas en heurísticas digitales, fundamentadas tanto en la fuerza de los algoritmos como en la circulación híbrida entre los medios de comunicación de masas y las redes sociales. La difícil coexistencia entre estos dos ámbitos ha contribuido a la evolución de una comunicación populista que utiliza formas comunicativas de abajo hacia arriba, valorando la desintermediación y la inmediatez como herramientas para superar la dicotomía entre la realidad y la apariencia política (Sørensen & Warren, 2025). El uso de las redes sociales ha adquirido un papel central en la estrategia comunicativa de los líderes políticos, ofreciéndoles herramientas para interactuar directamente con un electorado activo, consolidando así su agenda política (Metz, Kruikemeier & Lecheler, 2020). La presencia digital se articula principalmente en dos direcciones: por un lado, la construcción de una relación directa y personalizada con la base electoral a través del monitoreo de las reacciones y el consenso en línea; por otro lado, la gestión de la credibilidad y la reputación también en las plataformas digitales (Heavey *et al.*, 2020). El control de la opinión pública se lleva a

cabo a través de prácticas de "agenda trending", en las que las comunidades cognitivas se agrupan rápidamente alrededor de temas polarizantes, ejerciendo una influencia significativa sobre el debate público (Groshek & Al-Rawi, 2013). En línea con esta trayectoria, el liderazgo político interactivo emerge como una estrategia clave para gestionar las dinámicas comunicativas en las plataformas digitales. Las redes sociales permiten a los líderes insertarse horizontalmente en la cotidianidad de los usuarios menos involucrados en los fenómenos de polarización política, ofreciendo nuevas formas de interacción que redefinen la relación entre los ciudadanos y la política, tanto en línea como fuera de línea. En esta época fuertemente digitalizada, por lo tanto, se han amalgamado dinámicas y desafíos inéditos, inducidos por la evolución de las nuevas tecnologías de la información y la creciente conectividad a nivel global. Las plataformas digitales, en particular las redes sociales, redibujan los paradigmas tradicionales de la esfera pública, promoviendo nuevas formas de interacción entre actores políticos, medios de comunicación y ciudadanos. En este sentido, el flujo de mensajes políticos es más rápido y omnipresente, influyendo de manera significativa en la formación de la opinión pública y en la creación de narrativas dominantes. Sin embargo, el entorno virtual hace que el discurso político sea vulnerable a fenómenos de desinformación, polarización y manipulación, con implicaciones considerables para la estabilidad del debate democrático. La ausencia de filtros editoriales y la lógica algorítmica de las plataformas privilegian la visibilidad de contenidos sensacionalistas y emocionales, contribuyendo a la radicalización de las posiciones y a la normalización del lenguaje hostil. Además, la convergencia entre la comunicación política y las estrategias de participación digital ha aumentado el poder persuasivo de los líderes políticos, permitiéndoles moldear el discurso público a través de prácticas de comunicación selectivas y, a veces, manipulativas. En consecuencia, el estudio de las interacciones entre lenguaje, política y tecnología es esencial para comprender las transformaciones contemporáneas del debate público y los riesgos asociados con la creciente permeabilidad entre la expresión simbólica y las manifestaciones de violencia, tanto en línea como fuera de línea. En cualquier caso, detrás de esta democratización del acceso a la información también se encuentra la aparición generalizada en línea de elementos considerados altamente controvertidos, incluida la retórica agresiva y violenta. De hecho, el material en cuestión tiende a volverse viral porque los algoritmos de las redes sociales favorecen los contenidos que provocan reacciones emocionales intensas, incluidas aquellas de naturaleza violenta (Tufekci, 2017). En este caso, nos referimos a todas aquellas formas de comunicación que incitan al odio, la discriminación y la violencia hacia individuos o grupos basados en características como la raza, la etnia, la religión, el género o la orientación sexual. Este aspecto ha suscitado un creciente interés por

parte de académicos e instituciones, ya que constituye una amenaza significativa para la cohesión social y el funcionamiento de la democracia (Matsuda, 1989; Battista & Uva, 2024). Este artículo tiene como objetivo explorar el posible impacto que la comunicación política tiene en la difusión de la retórica violenta y en la tendencia hacia la polarización en línea. Con una revisión crítica de la literatura existente, el trabajo evaluará cómo los cambios en la comunicación política influyen en la proliferación de mensajes peligrosos y en qué medida tales eventos causan un deterioro significativo de las condiciones sociales y políticas.

2. Antecedentes teóricos e implicaciones digitales

La comunicación política representa un ámbito crucial en la configuración de las dinámicas sociales y en la construcción del imaginario colectivo, ya que incide profundamente en la percepción pública de los fenómenos políticos y en la formación del consenso (Battista, 2025). A través de la interacción entre actores institucionales, medios de comunicación y ciudadanía, no solo transmite información y mensajes estratégicos, sino que contribuye activamente a la estructuración del debate público y a la elaboración de las narrativas dominantes dentro de una sociedad. En el contexto contemporáneo, caracterizado por la omnipresencia de las tecnologías digitales y la creciente interconexión mediática, la comunicación política se configura como un proceso multidimensional, en el que los elementos simbólicos, retóricos y emocionales se entrelazan con las lógicas algorítmicas de las plataformas sociales (Battista & Salzano, 2022). Tal evolución ha transformado las formas en que los líderes políticos y las instituciones interactúan con el electorado, favoreciendo nuevas formas de participación, movilización y persuasión. Además, el papel de la comunicación política se extiende más allá de la mera transmisión de contenidos informativos, incidiendo en la construcción de la identidad colectiva y en la legitimación de ciertos órdenes de poder. Actúa como un dispositivo de significación, orientando la manera en que los ciudadanos interpretan la realidad política y social, influyendo así no solo en las opiniones individuales, sino también en los procesos decisionales colectivos. A la luz de estas consideraciones, el estudio de la comunicación política es esencial para comprender las transformaciones de la esfera pública, las dinámicas de influencia entre medios de comunicación y política, y las consecuencias de la digitalización sobre la gobernanza democrática. El análisis de sus estrategias, herramientas y efectos constituye, por tanto, un ámbito de investigación central para la elaboración de modelos interpretativos capaces de descifrar la complejidad del ecosistema comunicativo contemporáneo. Cabe subrayar en este punto que, a través del lenguaje, los líderes políticos transmiten mensajes que pueden orientar potencialmente la opinión pública, direccionar las preferencias electorales y

moldear la percepción de las instituciones y de las demandas generales. No obstante, el recurso a la jerga política no siempre está orientado hacia la neutralidad o la constructividad, sino que puede convertirse en una pantalla para canalizar impulsos divisivos y violentos (Croicu & Kreutz, 2017). Este mecanismo plantea reflexiones significativas sobre las consecuencias que la violencia verbal ejerce sobre el tejido social, sobre las instituciones democráticas y sobre la convivencia civil. Si se considera el grado de violencia y agresividad presente en los elementos de la comunicación política, esto puede manifestarse en formas muy diversas. No se trata únicamente de una expresión abiertamente vehemente u ofensiva, sino que también puede contemplar modalidades más sutiles de agresividad lingüística, como la delegitimación del adversario político, el uso de estereotipos y prejuicios o la retórica del odio (Bentivegna & Rega, 2022). El objetivo de tales enfoques estilísticos es con frecuencia deshumanizar o criminalizar a un grupo de personas, un grupo étnico, una clase social o una determinada identidad política, fomentando un sentimiento de amenaza o peligro. Por otro lado, una componente central de los insultos verbales en el ámbito político consiste en la combinación y difusión de un "enemigo". La identificación de un determinado grupo o persona como principal autor de problemas sociales o económicos es una práctica retórica habitual y puede llevar a la creación de una narrativa destinada a incitar el desprecio y la hostilidad (De-Blasio & Sorice, 2023). Este enemigo puede ser interno, como un partido político adversario, o externo, como una minoría étnica o religiosa, que a menudo es utilizada como chivo expiatorio (Cohen-Almagor, 2011). Sin duda, una de las principales consecuencias del recurso a la violencia en las comunicaciones políticas es el proceso de polarización de la sociedad. Este se manifiesta cuando las opiniones políticas y sociales se desplazan hacia distancias exacerbadas, restringiendo el espacio para el diálogo y la búsqueda de un equilibrio (Wilson, Parker & Feinberg, 2020). En este sentido, la presencia de intervenciones que tienden a exacerbar los conflictos existentes induce a identificar firmemente a los ciudadanos con una de las dos facciones y a percibir como enemigo a todo aquel que posea creencias divergentes. Además, una radicalización similar de las posiciones no se limita al ámbito ideológico, sino que puede afectar a las relaciones interpersonales, empujando hacia una creciente fragmentación social (Levin, Milner & Perrings, 2021). Un ejemplo válido de ello es lo ocurrido en Estados Unidos durante y después de la campaña electoral presidencial de 2016, donde un lenguaje agresivo y divisivo, ampliamente difundido por los medios de comunicación y las redes sociales, fue causa de crecientes episodios de tensión entre las diferentes comunidades (Heltzel & Laurin, 2020). Los datos indican que los ataques verbales y físicos dirigidos a ciertos grupos étnicos, religiosos y políticos aumentaron considerablemente durante ese periodo (Piazza, 2023). En realidad,

esta fase comenzó incluso antes en Estados Unidos. Susan Herbst ya lo señalaba en 2010 en su libro *Rude Democracy*, donde analizaba con preocupación las dinámicas del enfrentamiento político durante la ascensión de Obama a la presidencia. La académica estadounidense observaba cómo estaban surgiendo prácticas deliberadamente incorrectas y agresivas que, a pesar de socavar la calidad del debate público, adquirirían legitimidad y atractivo (Herbst, 2010). Estas formas de interacción política, basadas en la ostentación de la incorrección, atraían atención y alimentaban tensiones, sentando las bases para un clima de creciente polarización. Es necesario añadir que la componente verbal de la comunicación puede afectar negativamente la confianza en las instituciones democráticas. De hecho, la delegitimación del adversario, característica de este tipo de lenguaje, deteriora la percepción de la validez del proceso electoral y de las instituciones involucradas (Battista, 2024a). En efecto, si un líder político utiliza un mensaje que pone en duda la regularidad de la consulta o acusa a sus oponentes de ser corruptos o antidemocráticos sin evidencia concreta, esto puede provocar una especie de decadencia de la fiabilidad hacia el propio proceso democrático, abriendo la puerta a formas de autoritarismo o inestabilidad política. Además, las redes sociales solo han intensificado el problema de la violencia lingüística en la política. Plataformas como Facebook, X e Instagram facilitan la rápida y extensa circulación de contenidos de naturaleza política, favoreciendo la difusión de discursos de odio, noticias falsas y propaganda polarizante (Ruffo *et al.*, 2023). De hecho, aunque se aplican directrices comunitarias y algoritmos de moderación para limitar la visibilidad de tales contenidos, en plataformas como TikTok muchos videos de este tipo logran ganar popularidad (Battista, 2023a; 2024b). Las dinámicas de difusión de contenidos en TikTok presentan características peculiares en comparación con otras plataformas sociales como Facebook, X e Instagram, especialmente en lo que respecta a la comunicación política y la circulación de contenidos polarizantes. A diferencia de las redes sociales tradicionales, TikTok se basa en un algoritmo de recomendación particularmente sofisticado, que enfatiza la viralidad de los contenidos según el engagement inmediato y las métricas de interacción, en lugar de la red de contactos personales (Battista, 2023b). Este modelo de distribución de contenidos permite que videos de naturaleza política, incluidos aquellos con tonos agresivos o manipulativos, lleguen rápidamente a una amplia audiencia, incluso fuera de las burbujas ideológicas tradicionales. Otro aspecto relevante es la brevedad y la naturaleza audiovisual de los contenidos, lo que hace que TikTok sea particularmente eficaz para transmitir mensajes políticos simplificados, emocionalmente atractivos y fácilmente compartibles. El formato de video corto facilita la creación de contenidos que resaltan la espectacularización de la política, favoreciendo el uso de retóricas populistas y polarizantes (Bastos & Farkas, 2019). Además, la capacidad de los

usuarios para remixar, hacer duetos y responder a los videos crea un entorno altamente interactivo, donde las narrativas políticas pueden ser amplificadas, distorsionadas o utilizadas con fines propagandísticos de manera difícilmente predecible por las estructuras tradicionales de moderación de contenidos. A pesar de los esfuerzos de la plataforma por implementar directrices comunitarias y herramientas de moderación de contenidos, TikTok ha demostrado con frecuencia limitaciones para frenar la difusión de noticias falsas, discursos de odio y contenidos violentos (Marwick & Partin, 2024). Los usuarios, de hecho, logran eludir los mecanismos de censura mediante estrategias creativas como el uso de códigos lingüísticos alternativos, símbolos o la superposición de texto en los videos para evitar la detección automática por parte del algoritmo de moderación (Battista, 2024b). A nivel global, TikTok se ha convertido en una herramienta central en las estrategias de comunicación política de actores institucionales y no institucionales, gracias a la posibilidad de llegar a un público joven y menos expuesto a las formas tradicionales de información política (Jiang, Ren & Ferrara, 2023). Esta característica lo convierte en una plataforma clave no solo para líderes políticos y partidos, sino también para activistas, influencers y actores involucrados en la desinformación coordinada. El impacto de TikTok en la esfera pública y en el discurso político es por tanto significativo, planteando nuevos desafíos en la posible regulación de la comunicación digital. La plataforma, con su modelo de distribución viral, ha redefinido las formas en que se desarrolla el debate político en línea, contribuyendo a una transformación profunda de las estrategias de propaganda y movilización digital (Zeng & Abidin, 2023). En general, la misma lógica en todas las plataformas se orienta hacia parámetros que privilegian las contribuciones con un alto valor emocional, incluso inclinándose hacia la transmisión de mensajes violentos y divisivos, que a menudo atraen más atención que los mensajes suaves. En conclusión, esta tendencia logra premiar contenidos con un fuerte impacto emocional, a menudo en detrimento de aquellos más equilibrados y reflexivos. Este mecanismo favorece la difusión de mensajes sensacionalistas, incluidas narrativas polarizantes y, a veces, violentas, ya que capturan más atención y generan interacciones. Como consecuencia, se crea un entorno informativo en el que la calidad del debate público corre el riesgo de deteriorarse, favoreciendo la radicalización de las opiniones y la difusión de contenidos controvertidos a expensas de un intercambio constructivo y tranquilo.

3. Metodología

Esta investigación adopta un enfoque cualitativo y exploratorio orientado a indagar la relación entre lenguaje, violencia simbólica y radicalización en el marco de la comunicación

política digital. El diseño metodológico combina una revisión crítica de la literatura con un análisis cualitativo de contenidos, con el fin de comprender cómo las prácticas lingüísticas y discursivas en los contextos en línea contribuyen a la construcción, difusión y normalización del odio político y social. Este planteamiento es coherente con el objetivo general del estudio, que no pretende medir fenómenos cuantitativos, sino analizar las formas en que el lenguaje opera como un mecanismo de poder y como herramienta de polarización.

La revisión de la literatura se llevó a cabo consultando diversas bases de datos internacionales, respondiendo a la necesidad de incluir estudios recientes capaces de reflejar la evolución de las plataformas digitales y de sus dinámicas comunicativas. Las búsquedas bibliográficas se realizaron utilizando palabras clave en inglés, español e italiano, tales como “digital hate speech”, “political communication”, “online radicalization”, “polarization”, “social media discourse” y “algorithmic visibility”. Estas combinaciones permitieron identificar los trabajos más relevantes en relación con el objeto de investigación.

El corpus seleccionado fue sometido a un análisis cualitativo de contenidos basado en el enfoque temático propuesto por Mayring (2014), integrado con elementos del Análisis Crítico del Discurso desarrollado por Fairclough (2023). El proceso analítico incluyó una lectura detallada de los textos para identificar recurrencias semánticas y estrategias retóricas relacionadas con la construcción del enemigo, la legitimación de la violencia simbólica y la polarización ideológica. Las categorías emergentes fueron posteriormente interpretadas de manera crítica a la luz de los principales modelos teóricos de la comunicación política y de las teorías que conceptualizan el lenguaje como una forma de poder.

Este procedimiento permitió evidenciar los mecanismos mediante los cuales las plataformas digitales amplifican el discurso político, contribuyendo a la formación de narrativas antagonistas y a la radicalización del debate público. Para garantizar la fiabilidad del análisis, las categorías interpretativas fueron discutidas entre los investigadores involucrados, reduciendo la subjetividad y asegurando una mayor coherencia en la clasificación temática. Aunque no se requirió la participación directa de sujetos humanos, la investigación cumplió con los principios éticos de transparencia científica, correcta citación de las fuentes y representación no estigmatizante de los fenómenos estudiados.

Es necesario, no obstante, reconocer algunas limitaciones metodológicas. El enfoque cualitativo, si bien ofrece una comprensión profunda de los procesos discursivos, no permite

realizar generalizaciones de tipo estadístico. Además, la selección de fuentes podría no incluir estudios relevantes no indexados en las bases de datos consultadas, mientras que la rápida transformación del ecosistema digital exige una revisión y actualización constante de los resultados. A pesar de estas limitaciones, el diseño metodológico adoptado proporciona un marco analítico sólido y coherente, capaz de iluminar el papel del lenguaje en la construcción del odio digital y de ofrecer herramientas críticas para promover un debate público más equilibrado y responsable.

4. Implicaciones violentas y herramientas que amplían el fenómeno

El extremismo se puede definir como la propensión a modificar radicalmente el orden político y social vigente, incluso a través del uso de la violencia, para imponer una visión ideológica que reivindica para sí la unicidad de la "verdadera interpretación" de la realidad política. A la luz de los acontecimientos ocurridos a lo largo de los años, la evolución de la comunicación política y el creciente uso de las plataformas digitales han transformado las formas en que el extremismo se manifiesta y se difunde. Con la definición del ecosistema mediático digital, hemos sido testigos de un cambio en la naturaleza del extremismo, que de ser un fenómeno circunscrito y ligado a acciones físicamente violentas se ha evolucionado progresivamente hacia una forma de radicalización retórica y psicológica, favorecida por el anonimato y la ausencia de confrontación directa (Sunstein, 2018). Históricamente, el extremismo se expresaba a través de protestas organizadas, disturbios y enfrentamientos físicos con las autoridades públicas, con el objetivo de generar desestabilización. Sin embargo, la creciente capacidad de los estados para reprimir tales manifestaciones a través de instrumentos legislativos y de control social ha llevado a la reducción de la violencia física explícita, mientras ha favorecido el surgimiento de nuevas formas de violencia simbólica y psicológica, particularmente en el contexto digital (Benkler, Faris & Roberts, 2018). Ha ocurrido una verdadera transformación que ha redefinido el propio concepto de violencia en la esfera política. Si en el pasado se manifestaba predominantemente de manera física, hoy en día la violencia a menudo adopta formas de violencia psicológica y verbal, amplificadas por los mecanismos de la comunicación digital. Fenómenos como el discurso de odio (hate speech), el trolling y la difusión de fake news son herramientas clave a través de las cuales el lenguaje violento se difunde en el debate público en línea, contribuyendo a la radicalización de las opiniones y al aumento de la polarización política (Phillips, 2015). Uno de los elementos clave que ha contribuido a la difusión del extremismo de opinión en la web es sin duda el anonimato. Muchas plataformas digitales permiten a los usuarios interactuar sin tener que revelar su identidad, a través del uso de seudónimos o cuentas sin referencias

personales. Esta característica, inicialmente pensada para favorecer la libertad de expresión sin restricciones sociales, ha generado a menudo el efecto contrario, permitiendo la difusión incontrolada de discursos de odio y retóricas extremistas, sin que los autores enfrenten las consecuencias. La posibilidad de expresarse sin tener que enfrentarse a un interlocutor cara a cara elimina muchas de las inhibiciones que normalmente regulan las interacciones sociales, haciendo que el discurso sea más agresivo y polarizado (Citron, 2014). En el panorama comunicativo, el lenguaje violento y polarizante ha encontrado un terreno particularmente fértil en el discurso público contemporáneo, a menudo alimentado por los propios líderes políticos. Un ejemplo emblemático de esta tendencia surge en el uso estratégico de la retórica por parte de figuras como Donald Trump en los Estados Unidos. Ya durante su primer mandato, Donald Trump utilizó frecuentemente Twitter para atacar a adversarios políticos, periodistas y minorías, contribuyendo a la normalización de un lenguaje agresivo y denigratorio. Es célebre su uso del término fake news para deslegitimar a los medios críticos con él, así como su lenguaje directo hacia los migrantes, a quienes en algunos casos calificó de "criminales" y "violadores" (Ott, 2017). Este tipo de retórica no solo aumentó el nivel de polarización política, sino que también contribuyó a una creciente radicalización de las opiniones, que culminó en el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021, cuando grupos extremistas actuaron en respuesta a una narrativa de fraude electoral difundida por el propio Trump. Es importante señalar que otro elemento que ha favorecido la expansión del extremismo de opinión en la web es el fenómeno de la desinformación y las fake news. La difusión de noticias falsas o manipuladas representa una herramienta eficaz para reforzar las narrativas extremistas y deslegitimar a los adversarios políticos. La capacidad de las fake news para generar indignación y polarización ha sido ampliamente documentada, con estudios que demuestran que los contenidos falsos tienen una mayor probabilidad de volverse virales en comparación con las noticias verificadas (Vosoughi, Roy & Aral, 2018). Un ejemplo emblemático de este fenómeno surgió durante la campaña electoral estadounidense de 2016, cuando plataformas como Facebook y Twitter (ahora X) fueron utilizadas para difundir noticias falsas con el objetivo de influir en la opinión pública. La difusión de teorías de conspiración como el Pizzagate – según la cual miembros del Partido Demócrata estarían involucrados en una red de pedofilia – demostró el potencial de las fake news para generar reacciones extremas, llevando incluso a episodios de violencia física, como el asalto armado a una pizzería de Washington por parte de un hombre convencido de la veracidad de la teoría. Las noticias falsas, por lo tanto, representan una poderosa herramienta de manipulación política, a menudo construidas estratégicamente para orientar la opinión pública e influir en las preferencias electorales. Los sociólogos Gili

y Maddalena (2018) define las fake news, o "hechos", como formas de alucinaciones mediáticas, es decir, construcciones narrativas carentes de fundamento fáctico que, a través de su difusión en los medios de comunicación, adquieren una aparente veracidad. Tales narrativas pueden desencadenar un proceso de *self-fulfilling prophecy*, es decir, un mecanismo por el cual la falta de fundamento original de la noticia es progresivamente legitimada por la amplia difusión, hasta generar efectos concretos en la realidad socio-política, determinando consecuencias tangibles a pesar de su inconsistencia inicial. En este contexto, se ha buscado una tabla explicativa que sirva como modelo de radicalización digital y polarización extrema, capaz de describir un proceso en varias fases, que conduce progresivamente desde la exposición inicial a contenidos extremistas hasta la posible movilización directa. La voluntad se basa en condiciones habilitantes que facilitan la radicalización, como el anonimato y la desintermediación, que reducen la responsabilidad individual en las interacciones digitales, y los algoritmos de las plataformas, que refuerzan la selectividad expositiva, creando cámaras de eco informativas. En este marco, las dinámicas de amplificación juegan un papel clave: el lenguaje de odio (hate speech), el trolling y la difusión de fake news contribuyen a construir narrativas alternativas que deslegitiman a los adversarios y normalizan el discurso agresivo, mientras que el apoyo de élites políticas e influencers refuerza aún más la polarización. A medida que avanza el proceso, se desarrollan mecanismos como las *echo chambers* y el tribalismo digital, que consolidan la pertenencia ideológica e incentivan la competencia en la difusión de contenidos radicales, transformando el conflicto político en una dinámica casi lúdica (gamificación). Este círculo vicioso se amplifica mediante mecanismos de difusión e intensificación, incluidos el efecto Overton, que hace que las ideas inicialmente marginales se vuelvan aceptables, y el efecto viral, que favorece la rápida propagación de contenidos extremistas frente a los moderados. Los posibles resultados incluyen la escalada retórica, la normalización de la violencia verbal y, en los casos más extremos, la movilización directa a través de protestas o acciones violentas, demostrando cómo la radicalización digital puede traducirse en consecuencias tangibles en la esfera socio-política.

Figura 1. Estadísticas indicativas de la investigación existente.

Fenómeno	Porcentaje / Dato empírico	Fuente
Difusión de noticias falsas en comparación con las noticias verdaderas	Las noticias falsas tienen un 70% más de probabilidades de ser compartidas que las noticias verificadas.	Vosoughi, Roy & Aral (2018)
Presencia de cámaras de eco (Echo Chambers)	El 62% de los usuarios interactúa principalmente con contenidos que confirman sus creencias.	Cinelli et al. (2021)
Efecto del anonimato en el lenguaje violento	Los usuarios anónimos generan un 53% más de contenidos agresivos que los usuarios con identidad verificada.	Citron (2014)
Impacto de los algoritmos en la polarización	El 64% de las personas radicalizadas en línea han declarado haber descubierto contenidos extremistas a través de recomendaciones algorítmicas.	Ribeiro et al. (2020)
Involucramiento de las élites políticas en la desinformación	El 33% de las noticias falsas virales han sido difundidas o amplificadas por figuras políticas influyentes.	Benkler, Faris & Roberts (2018)
Viralidad del lenguaje de odio	Los tuits con contenidos de discurso de odio reciben un 22% más de interacción que los neutrales.	Phillips (2015)

Nota: Elaboración propia.

Los porcentajes reportados dependen de los datos empíricos recopilados a partir de estudios académicos y análisis sobre estos fenómenos (Ver Figura 1). Aunque el porcentaje de odio y violencia en los contenidos en línea puede parecer bajo a primera vista, en realidad no lo es en absoluto. Un aumento del 22 % en la interacción de los contenidos de discurso de odio en comparación con los contenidos neutros, por ejemplo, no es un dato despreciable, especialmente considerando el volumen total de contenidos que circulan en las redes sociales. Este pequeño incremento porcentual, multiplicado por la gran cantidad de interacciones diarias en plataformas como X, se traduce en un número absoluto de interacciones que puede ser extremadamente alto. Además, el efecto de amplificación de los contenidos violentos y divisivos se ve amplificado por la dinámica viral de las plataformas sociales, que premian la rapidez y la intensidad del compromiso, independientemente del tipo de mensaje. Esto significa que, aunque un pequeño porcentaje de mensajes pueda parecer insignificante, estos contenidos pueden propagarse rápidamente y alcanzar a una audiencia muy amplia, alimentando conflictos y polarizando aún más a la sociedad. En resumen, incluso un porcentaje relativamente bajo de odio y violencia en los contenidos en

línea puede tener un impacto profundo y perjudicial, precisamente por su capacidad de difundirse rápidamente y de manera exponencial. Por lo tanto, el impacto se amplifica considerablemente por varios factores que aumentan su peligrosidad. En primer lugar, estos contenidos tienden a encontrar una audiencia ya predispuesta, creando una especie de "cámara de eco" en la que las creencias preexistentes se refuerzan, lo que lleva a una radicalización de las opiniones. Además, los mensajes de odio son particularmente emocionalmente atractivos y, gracias a la psicología humana, provocan fuertes reacciones, como ira y miedo, lo que lleva a las personas a compartirlos con mayor frecuencia que los contenidos neutrales. Incluso un porcentaje reducido de contenidos violentos contribuye a la distorsión de la realidad y a la creación de narrativas engañosas, influyendo en las opiniones políticas y sociales de las personas. Otro aspecto relevante es la normalización del lenguaje violento y divisivo, que se vuelve cada vez más aceptable en el debate público, socavando la calidad de las discusiones y haciendo tolerables comportamientos que en el pasado habrían sido inaceptables. Además, estos contenidos tienen un impacto directo sobre los grupos vulnerables, como las minorías étnicas, religiosas o políticas, que sufren efectos devastadores en términos de discriminación, miedo y aislamiento. Por último, aunque el porcentaje de mensajes de odio sea bajo, su presencia constante debilita el discurso público y alimenta la polarización social, reduciendo el espacio para un diálogo constructivo y minando la cohesión social. Por lo tanto, el porcentaje de odio y violencia, aunque parezca pequeño, tiene una influencia desproporcionada sobre la sociedad, desestabilizando el proceso democrático y la calidad de la comunicación política y del discurso público.

5. Perspectivas y soluciones para un debate responsable

Es evidente que no se debe considerar todo como algo aislado, sino más bien entenderlo como parte de una estrecha interrelación con la acción normativa. El marco teórico en el que se sitúa está inevitable y simultáneamente relacionado con el *information disorder* y la alteración del debate público, en el cual también se erosionan los límites entre la verdad y la falsedad. Todo lo expuesto se traduce en un terreno donde se mezclan contenidos ofensivos y violentos que, a menudo, se convierten en amenazas personales, socavando así la estabilidad y la calidad del debate democrático. En este escenario, se configura un círculo vicioso en el que la desinformación no solo distorsiona la realidad, sino que también proporciona una plataforma para ataques y agresiones verbales. Paralelamente, también está la cuestión de las *fake news*, que distorsionan significativamente el fenómeno en términos de cobertura uniforme respecto a los marcos narrativos. A la luz de esto, para abordar eficazmente estos problemas, se demuestra esencial desarrollar un marco

normativo integrado que reconozca la interrelación entre estas dimensiones, promoviendo al mismo tiempo una cultura del respeto y del diálogo constructivo. La formación de una sociedad informada y crítica se convierte, por tanto, en crucial para defender la calidad del debate democrático y garantizar un entorno comunicativo sano e incluido. Cabe añadir que, en el intrincado panorama actual, en el que la red influye profundamente en cada aspecto de la vida social, las ciencias sociales se encuentran en una encrucijada epistemológica significativa. Por un lado, existe el riesgo de limitarse a una mera descripción de los efectos disruptivos generados por las nuevas dinámicas comunicativas, que pueden incluir la difusión de contenidos nocivos y la polarización de los discursos públicos. Por otro lado, surge la oportunidad de emprender un análisis más profundo, destinado a comprender la esencia de tales fenómenos, evitando reducirse a un simple ejercicio de reclasificación analógica. Este enfoque requiere una reflexión crítica sobre las interacciones, así como una atención particular a las implicaciones éticas y sociales derivadas del uso de las tecnologías digitales. Para abordar las complejas cuestiones relacionadas con la violencia verbal y la agresividad en el lenguaje político en línea, es indispensable fortalecer y potenciar estrategias de contraste eficaces. Es fundamental promover políticas de moderación más rigurosas en las plataformas digitales, con el objetivo de identificar y eliminar contenidos violentos o que inciten al odio. Las campañas de sensibilización pueden desempeñar un papel importante, fomentando el uso de un lenguaje inclusivo y respetuoso, mientras que la colaboración entre organismos gubernamentales, organizaciones sin fines de lucro y empresas tecnológicas puede facilitar la implementación de herramientas para la denuncia y el monitoreo de expresiones extremistas. En este contexto, sería importante establecer una forma de contradiscurso, es decir, una estrategia comunicativa destinada a combatir el odio en línea y la desinformación sin recurrir a la censura, sino más bien mediante la presentación de narrativas alternativas. Esta táctica se basa en responder a los discursos de odio con empatía, desafiando sus premisas y fomentando un debate constructivo en lugar de alimentar nuevas polarizaciones. Los defensores del contradiscurso consideran que esta estrategia puede contribuir a la desradicalización y a la resolución pacífica de los conflictos, evitando la escalada de la violencia verbal. *Susan Benesch*, experta del *Dangerous Speech Project*, ha identificado ocho estrategias de contradiscurso. La primera estrategia es la presentación de hechos para corregir afirmaciones o percepciones erróneas, proporcionando información verificada que permita contrastar la narrativa del odio. La segunda es la evidencia de hipocresías o contradicciones en el discurso ofensivo, mostrando cómo ciertos argumentos pueden resultar incoherentes o inconsistentes. La tercera estrategia consiste en advertir sobre las posibles consecuencias, tanto en línea como fuera

de línea, que un determinado discurso de odio puede generar en la sociedad. La cuarta se basa en la identificación con el interlocutor original o con el grupo objetivo, con el fin de generar empatía y abrir un canal de diálogo más efectivo. La quinta estrategia implica denunciar el discurso como peligroso u odioso, señalando sus implicaciones negativas y deslegitimándolo públicamente. La sexta consiste en el uso de medios visuales, como imágenes o videos, para reforzar el mensaje de contradiscurso y hacerlo más impactante. La séptima estrategia se apoya en el uso del humor, que puede ser una herramienta eficaz para ridiculizar la retórica del odio y restarle poder. Finalmente, la octava estrategia se basa en la adopción de un tono empático, buscando establecer una comunicación más cercana y comprensiva, en lugar de generar confrontación directa. El uso del contradiscurso es especialmente relevante en el entorno digital, donde la velocidad de la comunicación y la amplia difusión de contenidos requieren respuestas rápidas y eficaces. En este contexto, iniciativas como la Online Civil Courage Initiative (OCCI), desarrollada por el *Institute for Strategic Dialogue* en colaboración con *Facebook*, tienen como objetivo combatir los discursos de odio mediante estrategias de participación. La OCCI brinda apoyo a organizaciones y activistas dedicados a la promoción del contradiscurso, proporcionando herramientas para responder de manera específica a las narrativas extremistas en las redes sociales. Un estudio realizado en Suiza (Hangartner *et al.*, 2021) analizó tres estrategias diferentes de contradiscurso en Twitter –el uso del humor, la advertencia sobre las consecuencias y la empatía– para contrarrestar publicaciones xenófobas. Entre ellas, solo el enfoque empático mostró un efecto, aunque limitado, en la reducción del discurso de odio. Esto sugiere que las intervenciones repetidas y dirigidas pueden ser más eficaces a largo plazo. Iniciativas como la *Counterspeech Hub* de *Facebook* ponen de manifiesto la importancia de estrategias coordinadas para abordar la creciente difusión del odio en línea. El contradiscurso no solo busca neutralizar la negatividad, sino que también aspira a transformar el debate público, promoviendo una comunicación más responsable e inclusiva. Por lo tanto, fomentar la participación y el diálogo constructivo entre los usuarios puede contribuir a crear espacios en línea más seguros y menos susceptibles a la agresividad, promoviendo un clima de respeto mutuo y apertura al debate. En este sentido, es adecuado llamar la atención sobre dos estudiosos holandeses, Perelman y Olbrechts-Tyteca (1958), quienes en los últimos lustros han elaborado una "nueva retórica" destinada a preparar una serie de mecanismos discursivos capaces de contrarrestar la contaminación y la manipulación léxica. El enfoque propuesto no solo aborda la necesidad de prevenir distorsiones argumentativas, sino que también se orienta a favorecer la creación de un contexto de discusión razonable, caracterizado por el respeto a las normas éticas y

epistemológicas. La nueva retórica, por lo tanto, se perfila como un método para elevar el nivel del debate, promoviendo interacciones lo más informadas posible entre los interlocutores. A través de este marco teórico, se busca ofrecer una base sólida para repensar las dinámicas comunicativas contemporáneas, alentando un flujo que no solo sea crítico, sino también constructivo y respetuoso. De hecho, el discurso no se vería simplemente como un medio para convencer, sino más bien como una herramienta de intercambio y comprensión mutua. El "Tratado de la Argumentación" propuesto ofrecería, por tanto, puntos de interés para abordar de la mejor manera posible el actual problema del lenguaje político violento, destacando la importancia de una comunicación correcta y propositiva en el escenario actual en el que nos encontramos. Después de todo, en un contexto en el que la retórica agresiva y las manipulaciones discursivas parecen prevalecer, el llamado a un argumento que favorezca el consenso y la condescendencia mutua se convierte en un ejercicio indispensable. Los autores subrayan que cualquier tratamiento debe adaptarse al público y al contexto, un principio que podría contribuir a mitigar el efecto polarizador del lenguaje político contemporáneo. Además, su énfasis en la persuasión como herramienta fundamental para el diálogo civil sugiere la necesidad de estrategias comunicativas que no solo eviten la violencia verbal, sino que también promuevan valores compartidos y el respeto por el otro. Reconociendo que la comunicación política tiene un impacto profundo en la sociedad y es esencial para los líderes políticos a fin de construir consenso e influir en la opinión pública (Campus, 2020), el enfoque de la nueva retórica podría proporcionar un marco teórico útil para repensar las dinámicas discursivas actuales, incentivando un uso de las palabras que construya puentes en lugar de levantar muros.

6. Conclusiones

El uso de una terminología cada vez más incendiaria y fuertemente polarizante ha alimentado un sentimiento generalizado de tensión y confrontación, comprometiendo las condiciones para un debate dialéctico constructivo. En consecuencia, el lenguaje político ya no aparece como un simple reflejo de las dinámicas presentes en la esfera pública, sino que adquiere un peso activo en la configuración de actitudes y comportamientos sociales, favoreciendo divisiones e intolerancia. En este contexto, se vuelve fundamental preguntarse cómo el discurso político puede ser repensado para promover una cultura de respeto y diálogo, en lugar de una pura confrontación. Los efectos de este proceso no se limitan a los debates parlamentarios o a los programas de análisis televisivos, sino que inciden profundamente en la opinión pública, influyendo en la percepción que los ciudadanos tienen de la política y de las relaciones sociales en su conjunto. El aumento de la violencia simbólica

y verbal en el espacio público ha conducido a una mayor radicalización de las posiciones, reduciendo las posibilidades de un debate constructivo y contribuyendo a consolidar la fragmentación ideológica de la sociedad, un proceso incentivado también por las plataformas digitales (Sorice, 2020). Sin embargo, en el debate sobre este tema, a menudo se tiende a subestimar la importancia de la violencia verbal y sus consecuencias. No obstante, es innegable que los mensajes políticos han adoptado tonos cada vez más duros y agresivos. El análisis realizado pone de manifiesto cómo el lenguaje hostil y polarizante, amplificado por las dinámicas algorítmicas de las plataformas digitales, constituye un elemento estructural de la comunicación política contemporánea. Los resultados obtenidos del análisis cualitativo de los contenidos —en particular la recurrencia de estrategias discursivas basadas en la deslegitimación del adversario, en la construcción del “enemigo” y en la amplificación emocional— confirman lo señalado por la literatura: el entorno digital favorece la difusión de retóricas conflictivas y la normalización de la violencia simbólica. Los datos y ejemplos recopilados muestran, además, cómo estas formas de comunicación no son episodios aislados, sino parte de un ecosistema discursivo caracterizado por la continuidad entre liderazgo político, comunidades digitales y lógicas de visibilidad algorítmica. Esta convergencia contribuye a reducir los espacios de diálogo público, intensificando el proceso de polarización y alimentando formas de radicalización simbólica que encuentran en la red un terreno particularmente fértil para proliferar (Battista, 2024c). A la luz de estas evidencias, es posible afirmar que el lenguaje político digital no actúa solo como reflejo de las tensiones presentes en la esfera pública, sino como un dispositivo capaz de moldear percepciones, actitudes y comportamientos sociales. Las plataformas digitales, con su funcionamiento basado en el engagement y la viralidad, amplifican contenidos emocionales y conflictivos, haciendo que la comunicación política sea más vulnerable a manipulaciones, desinformación y dinámicas de extremización. El panorama que emerge sugiere, por tanto, la necesidad de una intervención doble. Por un lado, es fundamental desarrollar estrategias comunicativas y normativas que contrarresten la difusión del discurso de odio e incentiven formas de participación más responsables. Por otro lado, resulta esencial promover una mediación lingüística que devuelva al debate público espacios de confrontación pluralista y respetuosa, capaces de reconstruir la confianza en las instituciones democráticas.

En conjunto, las evidencias recopiladas indican que la calidad del lenguaje político representa un factor determinante en la construcción de la cultura democrática. Comprender cómo se transforma en los entornos digitales es un paso imprescindible para

elaborar herramientas eficaces de prevención de la polarización y para reforzar la cohesión social en un contexto informativo cada vez más complejo.

Financiamiento

El autor declara que la investigación presentada en este manuscrito no ha recibido financiación pública, comercial ni de entidades sin ánimo de lucro y que el estudio se ha llevado a cabo exclusivamente con recursos propios.

Conflicto de interés

El autor declara la ausencia de conflictos de interés financieros, profesionales o personales que puedan haber influido, aunque sea de manera potencial, en el contenido, la interpretación de los resultados o las conclusiones del presente trabajo.

Derechos de autor

El autor se encargó íntegramente de la conceptualización teórica del estudio, la metodología, el análisis y la interpretación, la discusión y la formulación de las conclusiones, así como de la redacción completa de todas las secciones del artículo.

Declaración de disponibilidad de datos

Los datos utilizados y/o analizados durante el presente estudio son conservados por el autor y están disponibles previa solicitud justificada, de conformidad con la normativa vigente y con posibles limitaciones éticas o de confidencialidad.

Referencias Bibliográficas

Altheide, D.L. (2015). Media logic. In Mazzoleni, G. (Ed.), *The international encyclopedia of political communication* (pp. 1-6). John Wiley & Sons.

Bastos, M., & Farkas, J. (2019). “Donald Trump is my President!”: The internet research agency propaganda machine. *Social Media+ Society*, 5(3), 1-13.

<https://doi.org/10.1177/2056305119865466>

Battista, D. (2023a). For better or for worse: politics marries pop culture (TikTok and the 2022 Italian elections). *Society Register*, 7(1), 117-142.

<https://doi.org/10.14746/sr.2023.7.1.06>

____ (2023b). Knock, Knock! The Next Wave of Populism Has Arrived! An Analysis of Confirmations, Denials, and New Developments in a Phenomenon That Is Taking Center Stage. *Social Sciences*, 12(2), 1-15. <https://doi.org/10.3390/socsci12020100>

____ (2024a). *TikTok Politics: Influenze e interazioni sociali*. Meltemi.

____ (2024b). Political communication in the age of artificial intelligence: an overview of deepfakes and their implications. *Society Register*, 8(2), 7-24. DOI: 10.14746/sr.2024.8.2.01.

____ (2024c). Quando la comunicazione politica è “senza freni” e diventa conflitto. *Culture e Studi del Sociale*, 9(1), 82-91. ISSN: 2531-3975.

____ (2025). Hate on the Screen: Dynamics, Causes, and Consequences of Aggressive Online Communication. *Academicus International Scientific Journal*, 16(32), 11-24. DOI: [10.7336/academicus.2025.32.02](https://doi.org/10.7336/academicus.2025.32.02)

Battista, D., & Salzano, D. (2022). Political storytelling and the “Giorgia’s Meloni case”. *Central European Political Science Review*, 23, 73-91. ISSN:1586-4197.

Battista, D., & Uva, G. (2024). Navigating the virtual realm of hate: Analysis of policies combating online hate speech in the Italian-European context. *Law, Technology and Humans*, 6(1), 48-58. <https://doi.org/10.5204/lthj.3149>

Benkler, Y., Faris, R., & Roberts, H. (2018). *Network Propaganda: Manipulation, Disinformation, and Radicalization in American Politics*. Oxford University Press.

Bentivegna, S., & Rega, R. (2022). *La politica dell'inciviltà*. Laterza.

Campus, D. (2020). Celebrity leadership. Quando i leader politici fanno le star. *Comunicazione politica*, 21(2), 185-203. DOI: 10.3270/97903.

Citron, D. (2014). *Hate Crimes in Cyberspace*. Harvard University Press.

Cohen-Almagor, R. (2011). Fighting hate and bigotry on the Internet. *Policy & Internet*, 3(3), 1-26. <https://doi.org/10.2202/1944-2866.1059>

Croicu, M., & Kreutz, J. (2017). Communication technology and reports on political violence: Cross-national evidence using African events data. *Political research quarterly*, 70(1), 19-31. <https://doi.org/10.1177/1065912916670272>

De-Blasio, E., & Sorice, M. (2023). Il disordine informativo e l'odio in rete. Democrazia a rischio= Information disorder and online hatred. Democracy at risk. *H-ermes. Journal of Communication*, 2023(23), 217-243. DOI: 10.1285/i22840753n23p217.

Eldridge-II, S., García-Carretero, L., & Broersma, M. (2019). Disintermediation in social networks: Conceptualizing political actors' construction of publics on Twitter. *Media and Communication*, 7(1), 271-285. <https://doi.org/10.17645/mac.v7i1.1825>

Fairclough, N. (2023). Critical discourse analysis. In Handford, M., & Paul-Gee, J. (Eds), *The Routledge handbook of discourse analysis* (pp. 11-22). Routledge.

Gili, G., & Maddalena, G. (2018). Post-verità e fake news: radici, significati attuali, inattesi protagonisti e probabili vittime. *Media Education*, 9(1), 1-16. ISSN: 2038-3002.

Gillespie, T. (2010). The politics of 'platforms'. *New media & society*, 12(3), 347-364.

<https://doi.org/10.1177/1461444809342738>

Groshek, J., & Al-Rawi, A. (2013). Public sentiment and critical framing in social media content during the 2012 US presidential campaign. *Social Science Computer Review*, 31(5), 563-576. <https://doi.org/10.1177/0894439313490401>

Hangartner, D., Gennaro, G., Alasiria, S., Bahrich, N., Bornhoft, A., Boucher, J., Buse-Demirci, B., Derksena, L., Hall, A., Jochum, M., Murias-Munoz, M., Richter, M., Vogel, F., Wittwer, S., Wüthrich, F., Gilardic, F., & Donnay, K. (2021). Empathy-based counterspeech can reduce racist hate speech in a social media field experiment. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 118(50), 1-3. <https://doi.org/10.1073/pnas.2116310118>

Heavey, C., Simsek, Z., Kyprianou, C., & Risius, M. (2020). How do strategic leaders engage with social media? A theoretical framework for research and practice. *Strategic Management Journal*, 41(8), 1490-1527. <https://doi.org/10.1002/smj.3156>

Heltzel, G., & Laurin, K. (2020). Polarization in America: Two possible futures. *Current opinion in behavioral sciences*, 34, 179-184.

<https://doi.org/10.1016/j.cobeha.2020.03.008>

Herbst, S. (2010). *Rude democracy: Civility and incivility in American politics*. Temple University Press.

Jiang, J., Ren, X., & Ferrara, E. (2023). Retweet-BERT: Political Leaning Detection Using Language Features and Information Diffusion on Social Networks. *Proceedings of the International AAAI Conference on Web and Social Media*, 17(1), 459-469.

<https://doi.org/10.1609/icwsm.v17i1.22160>

Levin, S.A., Milner, H.V., & Perrings, C. (2021). The dynamics of political polarization. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 118(50), 1-4.

<https://doi.org/10.1073/pnas.2116950118>

Marwick, A.E., & Partin, W.C. (2024). Constructing alternative facts: Populist expertise and the QAnon conspiracy. *New Media & Society*, 26(5), 1-35.

<https://doi.org/10.31235/osf.io/ru4b8>

Matsuda, M.J. (1989). Public response to racist speech: Considering the victim's story. *Michigan Law Review*, 87(8), 2320-2381. <https://doi.org/10.2307/1289306>

Mayring, P. (2014). Qualitative Content Analysis: Theoretical Background and Procedures. In Bikner-Ahsbahr, A., Knipping, C., & Presmeg, N. (Eds.), *Approaches to Qualitative Research in Mathematics Education. Advances in Mathematics Education*. Springer.

https://doi.org/10.1007/978-94-017-9181-6_13

Metz, M., Kruikemeier, S., & Lecheler, S. (2020). Personalization of politics on Facebook: Examining the content and effects of professional, emotional and private self-personalization. *Information, Communication & Society*, 23(10), 1481-1498.

<https://doi.org/10.1080/1369118X.2019.1581244>

Ott, B.L. (2017). The age of Twitter: Donald J. Trump and the politics of debasement. *Critical studies in media communication*, 34(1), 59-68.

<https://doi.org/10.1080/15295036.2016.1266686>

Parmelee, J.H. (2014). The agenda-building function of political tweets. *New media & society*, 16(3), 434-450. <https://doi.org/10.1177/1461444813487955>

Perelman, C., & Olbrechts-Tyteca, L. (1958). *Traité de l'argumentation* (Vol. 1). Presses universitaires de France.

Perloff, R.M. (2021). *The dynamics of political communication: Media and politics in a digital age*. Routledge.

Phillips, W. (2015). *This Is Why We Can't Have Nice Things: Mapping the Relationship between Online Trolling and Mainstream Culture*. MIT Press.

Piazza, J.A. (2023). Political polarization and political violence. *Security Studies*, 32(3), 476-504. <https://doi.org/10.1080/09636412.2023.2225780>

Ruffo, G., Semeraro, A., Giachanou, A., & Rosso, P. (2023). Studying fake news spreading, polarisation dynamics, and manipulation by bots: A tale of networks and language. *Computer science review*, 47, 1-26. <https://doi.org/10.1016/j.cosrev.2022.100531>

Sørensen, E., & Warren, M.E. (2025). Developing a theory of robust democracy. *Policy & Politics*, 53(1), 2-21. <https://doi.org/10.1332/03055736Y2024D000000050>

Sorice, M. (2020). La «piattaformizzazione» della sfera pubblica. *Comunicazione politica*, 21(3), 371-388. Doi: 10.3270/98799.

Sunstein, C.R. (2018). *#Republic: Divided Democracy in the Age of Social Media*. Princeton University Press.

Tufekci, Z. (2017). *Twitter and tear gas: The power and fragility of networked protest*. Yale University Press.

Van-Dijck, J., Poell, T., & De-Waal, M. (2018). *The Platform Society: Public Values in a Connective World*. Oxford University Press.

Vosoughi, S., Roy, D., & Aral, S. (2018). The spread of true and false news online. *Science*, 359(6380), 1146-1151. DOI: 10.1126/science.aap9559.

Wilson, A.E., Parker, V.A., & Feinberg, M. (2020). Polarization in the contemporary political and media landscape. *Current Opinion in Behavioral Sciences*, 34, 223-228. <https://doi.org/10.1016/j.cobeha.2020.07.005>

Zeng, J., & Abidin, C. (2023). ‘# OkBoomer, time to meet the Zoomers’: Studying the memefication of intergenerational politics on TikTok. *Information, Communication & Society*, 24(16), 2459–2481. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2021.1961007>